

UN LUGAR EN EL MUNDO

Pinturas de **Vilhelm Hammershøi**

Relatos de:

Henrik Pontoppidan

Hans Kirk

Suzanne Brøgger

Peter Høeg

UN LUGAR EN EL MUNDO

Pinturas de **Vilhelm Hammershøi**
Traducción de **Eva Liébana**

Relatos de:

Henrik Pontoppidan

Hans Kirk

Suzanne Brøgger

Peter Høeg

Nørdical**ibros**

© De los textos: los autores
© De la traducción: Eva Liébana
© De las pinturas: Vilhelm Hammershøi
© De esta edición: Nórdica Libros, S. L.
Doctor Blanco Soler, 26 -28044 Madrid
Tlf: (+34) 917 055 057
info@nordicalibros.com
Primera edición: febrero de 2026
ISBN: 979-13-87922-38-2
Depósito Legal: M-2213-2026
IBIC: FA • Thema: FBA
Impreso en España / Printed in Spain
Gracel Asociados
Alcobendas (Madrid)

Pintura de cubierta:
Vilhelm Hammershøi, *Rayos de sol o Luz de sol*, óleo sobre lienzo,
70 x 59 cm, Ordstrupgaard, Copenhague
Foto: Anders Sune Berg



Maquetación: Diego Moreno
Corrección ortotipográfica: Victoria Parra y Ana Patrón

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



Autorretrato,
1890. 52 x 39,5 cm

ÍNDICE

Pinturas de Vilhelm Hammershøi, 15

UN LUGAR EN EL MUNDO

Henrik Pontoppidan

El vuelo del águila, 27

Hans Kirk

Un lugar en el mundo, 33

Suzanne Brøgger

Dorotea, 43

Peter Høeg

Reflejo de un joven en equilibrio, 55

Créditos de las pinturas, 69

Biografías, 72



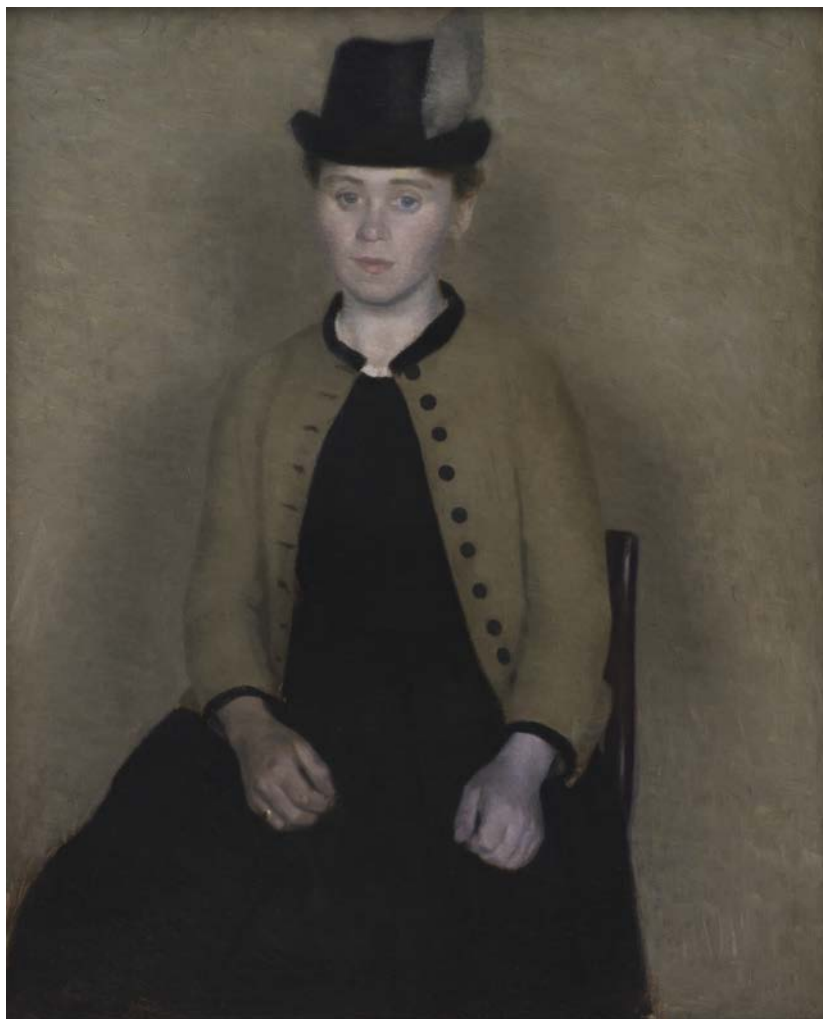
Una habitación de la casa del artista en Strandgade, Copenhague, con la esposa del artista,
1902, 63,5 x 60 cm



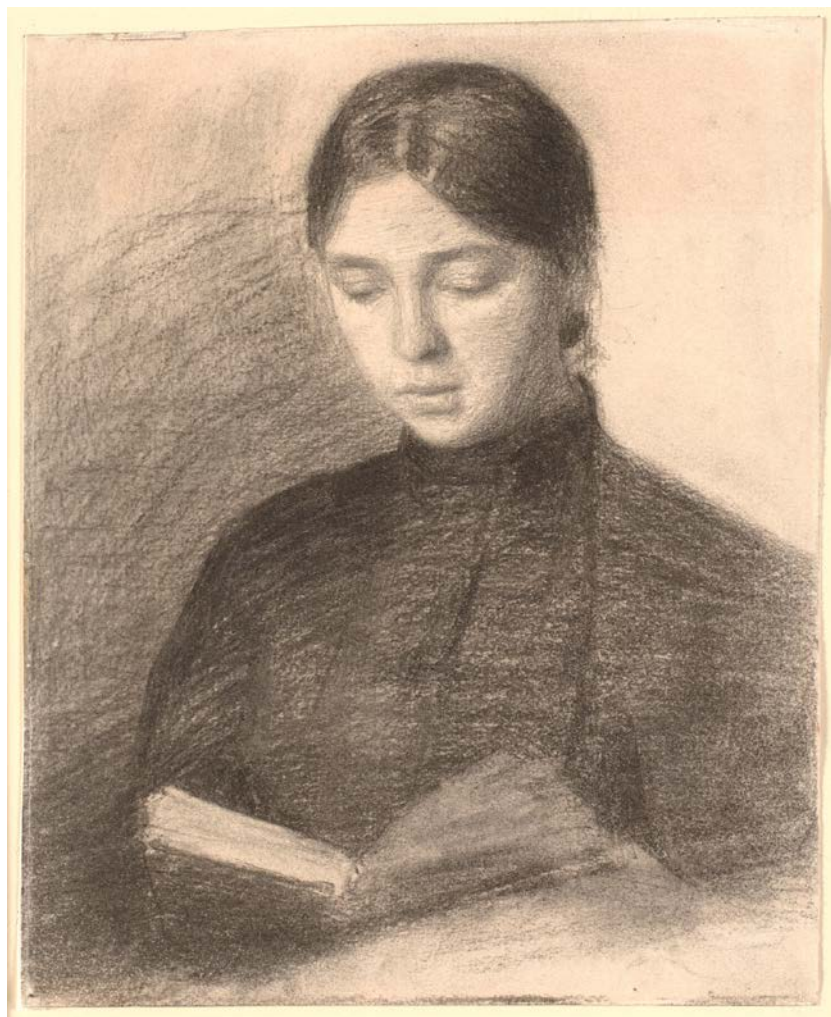
Interior con el caballete del artista,
1910, 84 x 69 cm



Retrato de una joven. Anna Hammershøi, hermana del artista,
1885, 140 x 119,5 cm



Ida Ilsted, más tarde esposa del artista,
1890, 106,5 x 86 cm



La hermana del artista, Anna, leyendo,
1886, 24 x 19,5 cm



Interior con un joven leyendo,
1898, 77 x 64 cm



Frederikke Amalie Hammershøi, de soltera Rentzmann, madre del artista,
1894, 50 x 38 cm



Interior en Strandgade, sol en el suelo,
1901, 46,5 x 52 cm



Thora Bendix, de soltera Anne Victoria Sundber,
1896, 42,3 x 31 cm

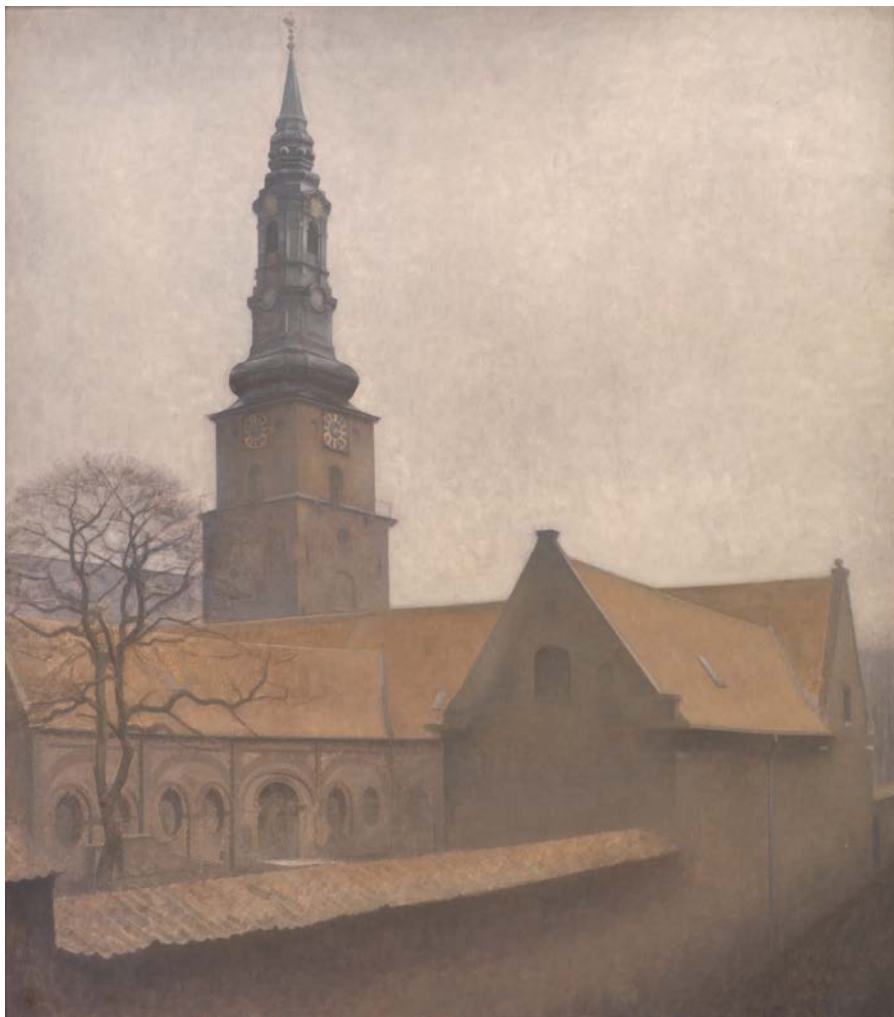


Una anciana,
1886, 83,5 x 72 cm



Interior. Una antigua estufa,
1888, 61 x 51 cm

Un lugar en el mundo



Iglesia de San Pedro, Copenhagen,
1906, 133 x 118 cm

Henrik Pontoppidan

EL VUELO DEL ÁGUILA

Esta es la historia de la joven águila que unos niños encontraron cuando no era más que una cría de pico amarillo. La llevaron a la vieja granja del párroco, donde gentes bondadosas la cuidaron, llegando a tomarle tanto cariño que más tarde no fueron capaces de separarse de ella. Como el patito feo del cuento, creció entre patos que graznaban, gallinas que cacareaban y ovejas que balaban, y tan bien fue amoldándose a este entorno que se hizo grande y hermosa, e incluso —como decía el párroco— «estaba echando barriga».

Tenía su sitio en lo alto de un viejo cercado, junto a la porqueriza, desde donde acechaba el momento en que la moza tiraba las sobras de la cocina. Tan pronto como descubría a la corpulenta Dorthé, se lanzaba hacia el empedrado y salía con sus andares de pato al encuentro del cubo repleto en esa burlesca carrera de sacos con que los infantes del éter se mueven en tierra.

Bien podía darse que alguna que otra vez, sobre todo en días de mucho viento o cuando se aproximaba una tormenta, se despertara un vago anhelo, una desvaída añoranza en el pecho del cautivo vástago de los cielos. Podía en esas ocasiones estar posado durante días con el pico hundido entre el desaliñado plumaje del pecho, sin moverse y sin querer comer, y de repente, extender las alas como pretendiendo abarcar el aire y gallardamente alzar el vuelo...

Pero siempre resultaba un vuelo corto; tenía las alas recortadas a conciencia. Tras un breve y desmañado aleteo caía al suelo donde, en su aturdimiento, daba primero algunos saltos hacia los lados y luego, con el cuello estirado, corría a acurrucarse en un rincón oscuro como si se avergonzase.

Así había vivido algunos años cuando el viejo párroco enfermó y murió y, en la confusión que se adueñó de la granja, se fueron olvidando de ocuparse del ave regia, Klaus, como buenamente se le había bautizado. Andaba balanceándose como solía entre las otras aves de corral, siempre apacible, casi un poco temeroso, porque estaba acostumbrado a que las hijas del párroco le dieran un manotazo en el pico cuando alguna que otra vez se le ocurría manifestar su innata superioridad frente a aquellos avechuchos.

Pero un día en que un fresco viento del sur esparcía primavera y calor por el país, se encontró de pronto subido al caballete del tejado del granero sin que él mismo alcanzara a comprender cómo había llegado hasta allí.

Como tantas veces antes, había estado soñando, melancólico, encima de su cercado y, en un arranque de vago afán de libertad, extendió las alas al vuelo; pero en lugar de desplomarse sobre el empedrado como en las otras ocasiones, se había remontado por los aires con tal ímpetu que, completamente aterrado, se había apresurado a encontrar dónde posarse.

Y ahora estaba allá arriba, encaramado al alto caballete, totalmente aturrido por lo que había sucedido. Nunca antes había visto el mundo desde una posición tan elevada. Emocionado, volvía la cabeza ora a un lado, ora al otro hasta que, irresistiblemente atraído por el azul del cielo y por las nubes que lo surcaban, extendió nuevamente las alas y se dejó elevar... primero probando cautelosamente, pronto más atrevido, más seguro... después de lo cual, al instante, se remontó con un salvaje grito de júbilo trazando un gran arco en el firmamento. De repente sintió que era águila.

Pueblos, bosques y lagos plateados iban quedando atrás. Ascendía cada vez más alto en cielo limpio, embriagado del vasto horizonte y de la fuerza de sus alas.

Pero repentinamente se detuvo. El inmenso espacio vacío a su alrededor lo intranquilizaba y empezó a buscar un lugar donde descansar.

Afortunadamente, alcanzó un saliente en una montaña que dominaba el valle. Una vez allí —aún algo mareado—, buscó con la mirada la granja y el alto vértice del granero, y le invadió un nuevo estupor. Más allá, una tierra enteramente desconocida se extendía ante su mirada en todas direcciones. Ni un solo lugar familiar, ni un refugio hasta donde alcanzaba su vista.

Por encima de su cabeza se erguía una montaña tras otra: escarpadas, desnudas paredes de roca sin un cercado para guarecerse de la tormenta. Y al oeste, tras la llanura, en ese preciso instante se ponía el sol entre las nubes rojizas del atardecer, que presagiaban tormentas y noches oscuras.

Un angustioso sentimiento de desamparo se iba apoderando del pecho del joven vástago de reyes del mismo modo que, abajo, las amarillentas neblinas del ocaso envolvían el valle.

Completamente abatido, siguió con la mirada una bandada de cornejas que regresaban graznando a sus nidos, allá junto a las cálidas casas de los hombres. Con el pico hundido en el pecho, las alas apretadas, se quedó solo y taciturno en la desolada y silenciosa montaña.

Algo silba de repente en el aire por encima de él. Una hembra de águila de pecho blanco describe círculos bajo el ardiente cielo del crepúsculo.

Durante unos momentos permanece con el cuello estirado reflexionando sobre esta insólita visión. Pero bruscamente acaba con toda su indecisión. Entre el poderoso fragor de sus alas extendidas levanta el vuelo y al instante está junto a ella.

Y aquí empieza una salvaje persecución sierra adentro... Ella siempre delante y por encima, Klaus algo fatigado a la zaga, fondón y jadeante.

En seguida están entre las cumbres. Todavía brilla el sol en las cimas más altas, mientras, sobre las laderas, ellos surcan la neblina del crepúsculo.

De abajo le llega el sombrío susurro de los extensos bosques y el estruendo de los torrentes en las profundas gargantas.

«Pero ¿no va a detenerse?», piensa, inquieto ante este estrépito inexplicable. Apenas le queda aliento y siente las alas tan débiles, tan pesadas.

Pero más alto, cada vez más alto asciende ella, más y más se aventura por encima de las arreboladas lomas, atrayente, seductora.

Han ido a parar a un interminable pedregal donde formidables peñascos yacen caóticamente amontonados unos sobre otros como despojos de una torre de Babel derruida. Entonces, inesperadamente, se despliega el panorama ante ellos. Por encima de las nubes a la deriva, emerge como una ensoñación el reino sobrenatural de las nieves perpetuas, no mancilladas por el paso de ningún ser vivo, morada solo de las águilas y del inmenso silencio. En las alturas, el último fulgor del día parece dormitar sobre la nieve blanca. Por detrás aparece el cielo azul oscuro cuajado de serenas estrellas.

Despavorido, Klaus ha detenido su vuelo y se ha posado en una roca. Estremeciéndose por el frío y el miedo, se queda con los ojos fijos en este blanco paisaje espectral, en esas enormes estrellas que le hacen guiños desde lo alto a través de la oscuridad como malévolos ojos felinos.

Y de nuevo sus pensamientos vuelven con melancolía al hogar que ha dejado atrás. Piensa en su tibio rincón del cercado y en el acogedor corral donde sus pequeños amigos estarán ahora mismo durmiendo en sus hileras con la cabeza bajo el ala. Piensa en los rollizos lechones que ahora estarán acurrucados alrededor de su madre soñando con el pezón en la boca, y en la robusta